

*Cosas de Antaño**171-176*

TRES DIAS DE JOLGORIO

El capitán general don Francisco Cagigal de la Vega, que gobernó a Cuba de 1747 a 1760, uno de los mandos más prolongados que se registran en nuestra vida colonial, hizo levantar un pilar en el sitio en que se alza el Templete de la Plaza de Armas, para recordar el punto en que, según tradición, se celebró en 1519 la primera misa. Alrededor de ese pequeño monumento se sembraron tres seibas traídas por el capitán don Andrés Acosta, de la estancia de María Ayala, distante legua y media de la ciudad.

Andando el tiempo, ya bajo el mando duro, pero blando (aunque esto parezca a primera vista un contrasentido) de don Francisco Dionisio Vives, el pobre padrón levantado por Cagigal había sido casi desaparecido y no porque lo hubiese derribado un huracán devastador sino porque en torno de aquel monumento se habían ido levantando numerosas barracas que constituían el mercado de la Plaza de Armas, uno de los más concurridos de la época.

Sin duda desde los balcones de palacio vió con dolor el general Vives aquella profanación, (que profanación es todo lo que trate de borrar atrevidamente un recuerdo histórico o patriótico) y se propuso corregirla perpetuando el recuerdo alzado por Cagigal pero dándole mayor grandeza. Al efecto llamó a consulta al coronel habanero don Antonio María de la Torre y Cárdenas, secretario del gobierno e ingeniero distinguido encomendándole un proyecto de monumento que es el actual y que mereció el aplauso de Vives.

En 1827 se colocó la primera piedra y las obras se llevaron a cabo con bastante rapidez, pues no era solo trabajo de construcción sino también de ornamentación y pintura, dándose por terminadas en Marzo de 1828, según se desprende de la siguiente inscripción que se ve en el tímpano del Templete:

"Reinando el Señor Don Fernando VII, siendo Presidente y Gobernador Don Francisco Dionisio Vives, la Fidelísima Habana religiosa y pacífica erigió este sencillo monumento decorando el sitio donde el año de 1519, se celebró la primera Misa y Cabildo; el Obispo Don Juan José Díaz de Espada solemnizó el mismo agosto sacrificio el día 19 de Marzo de mil ochocientos veinte y ocho".

Para una ciudad como la de La Habana donde solo se turbaba la quietud por la guerra o por la proclamación de un monarca, la inauguración del Templete no podía pasar inadvertida. El general Vives con los recursos de que podía disponer, decretó en celebración de aquel suceso tres días de fiesta en toda la ciudad; pero desde luego en la plaza de Armas como centro del movimiento y de los elementos oficiales. Todo el perímetro de ésta, que se diferenciaba bastante de la actual, pues los jardines sufrieron una completa transformación y en lugar de la estatua de Fernando VII existía una fuente de piedra, fué adornado al gusto de entonces: balcones y ventanas con ricos cortinajes de damasco rojo y las fachadas de los principales edificios con caprichosas iluminaciones de vasitos de colores con mariposas de aceite. No tenía esta iluminación la brillantez del gas, desde luego, ni mucho menos la de la luz eléctrica; pero en noches serenas, nosotros que alcanzamos aun estos medios de deco-

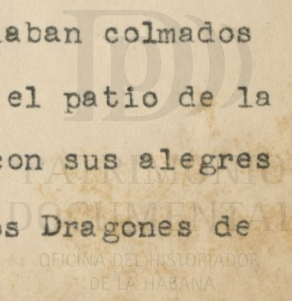
rado y adorno, podemos decir que resultaba bellísima.

El palacio estaba igualmente decorado y empavesado, luciendo entre los dos balcones centrales un dosel en el cual descansaban los retratos del rey narizotas y de la reina María Amalia.

El centro de la plaza era a la vez que un jardín un salón por donde discurrían las damas habaneras y en el frente que da al Templete se había levantado un estrado para las autoridades y cuerpo consular.

El día 18 de Marzo de 1828, como ya hemos indicado, se efectuó la inauguración y bendición del monumento celebrando la misa revestido de pontifical el ilustre obispo Espada, tan entusiasta por el adelanto de La Habana y tan unido a Vives siempre que se trataba de un progreso. Después de la misa pronunció un bello sermón en presencia del Capitán General, del Superintendente, del general de Marina Almirante Laborde y demás altos funcionarios coloniales. De los tres cuadros que encierra el Templete, uno pintado por Vermay reproduce esa ceremonia y a tal extremo de exactitud, personas y trajes, que hoy la tal pintura, (amenazada de destrucción) es un verdadero y valioso documento histórico.

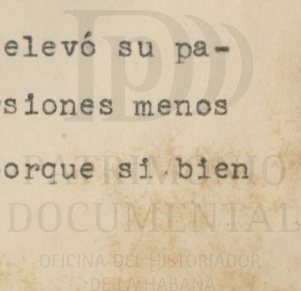
Desde ese día dieron principio las fiestas que mantuvieron en alegre jolgorio a los habaneros hasta el último de mes. En torno de la Plaza se habían instalados puestos de bebidas, frutas, refrescos, frucanga, zambumbia, bollos, dulces, etc., etc., y los establecimientos de los alrededores se hallaban colmados de público. Dos bandas de música se relevaban en el patio de la Fuerza Vieja para mantener la popular animación con sus alegres sonos y la oficialidad del Fijo de la Habana y los Dragones de



América daban una nota de color brillante con sus uniformes a aquella multitud de paseantes en que dominaban los vestidos blancos y los fraques verdes.

Al día siguiente se efectuó la segunda ascensión aerostática en Cuba, pues la primera se había realizado en 1796. Ya porque Vives lo hubiera traído de New Orleans, ya porque el clor de la ganancia lo atrajera, lo cierto es que se apareció en La Habana durante las fiestas el aeronauta Robertson, bastante conocido en Europa por sus atrevidos vuelos. El globo partió de la Plaza de Toros en las primeras horas de la tarde y fué a descender a Nazareno, en el potrero del capellán de San Ambrosio don Juan N. Díaz. La función fué para el francés suculenta, pues entre subvención oficial y entradas a la plaza le produjo el espectáculo la no despreciable suma de quince mil pesos. Cualquiera se expone a romperse a cabeza con la perspectiva halagadora de salir rico del lance. Pero entonces todo se hacía en grande.

¿Y qué diremos de lujo? En las funciones teatrales de aquellos días y en los bailes de palacio, particulares y públicos se derrochó una fortuna. En flores, joyas, banquetes, ostentación y alegría el dinero corrió como un río desbordado y La Habana pareció presa de la locura durante dichas fiestas. Laborde les hizo extensivas a la escuadra surta en puerto y que descansaba de las fatigas del constante crucero contra los corsarios de Venezuela, ofreciendo un baile a bordo de uno de los navíos, donde la elegancia y la belleza de las habaneras elevó su pabellón hasta lo más alto del tope. De otras diversiones menos lícitas no hablemos. Hubo para todos los gustos porque si bien



Vives fué honradísimo gobernante, para los fines de su especial sistema de gobierno prestó gran atención a estas tres bases infalibles de la política colonial: baile, baraja y botella. Pueblo que se divierte no conspira. Fué lo que se llamó el gobierno de las tres bes.

Cosás de antaño. Tercera serie de las tradiciones cubanas,
por Alvaro de la Iglesia, La Habana, 1917.